

Ascensión del Señor (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Regina Coeli 2014 y Mensaje 2015**
- **BENEDICTO XVI – Homilias en las principales fiestas del año litúrgico**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilias con textos de homilias pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. Fray Lluc TORCAL Monje del Monasterio de Sta. Ma. de Poblet (Tarragona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

EL SEÑOR JESÚS FUE LLEVADO AL CIELO

Hech 1,1-11; Ef 4,1-13; Mc 16,15-20

La primera y la tercera lectura se ocupan directamente del tema de la Ascensión del Señor a los cielos. Obviamente, no se está hablando de un desplazamiento espacial. Hablar de la ascensión es recurrir a un tipo de lenguaje simbólico que pretende afirmar que Jesús resucitado ha pasado de una existencia terrenal marcada por la fragilidad y la corporeidad y ha ingresado a otro tipo de existencia, totalmente trascendente, que no está atrapada en los confines del espacio y del tiempo. Jesús asciende al cielo y participa de la plenitud de la vida. Este evento no debería distraer a los primeros cristianos, tratando de buscar los rastros de su partida. Justamente porque Jesús ha vuelto a la dimensión trascendente podrá hacerse manifiesto en medio de los suyos, sin necesidad de rasgos sensibles, con el fin de acompañarlos en el cumplimiento de su misión.

MISA DE LA VIGILIA

Esta Misa se dice en la tarde del día que precede a la solemnidad, ya sea antes o después de las primeras Vísperas de la Ascensión.

ANTÍFONA DE ENTRADA

Sal 67, 33. 35

Canten a Dios, reinos de la tierra, toquen para el Señor, que asciende sobre los cielos; su majestad y su poder resplandecen sobre las nubes. Aleluya.

Se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Dios eterno, cuyo Hijo subió hoy al cielo en presencia de sus Apóstoles, te pedimos nos concedas que él, de acuerdo a su promesa, permanezca siempre con nosotros en la tierra, y nos permita vivir con él en el cielo. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

En la celebración de la Misa de la Vigilia se utiliza el mismo formulario de lecturas que en la Misa del día de la Ascensión del Señor, tal como aparecen en las páginas que siguen.

Se dice Credo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios nuestro, cuyo Unigénito, nuestro mediador, vive para siempre y está sentado a tu derecha para interceder por nosotros, concédenos acercarnos llenos de confianza al trono de la gracia y obtener así tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio I o II de la Ascensión.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN

Cfr. Hb 10, 12

Cristo ofreció un solo sacrificio por el pecado, y se sentó para siempre a la derecha de Dios. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que los dones que hemos recibido de tu altar, enciendan en nuestros corazones el deseo de la patria celeste, para que, siguiendo las huellas de nuestro Salvador, tendamos siempre a la meta a donde nos ha precedido. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Puede utilizarse la fórmula de bendición solemne, p. 596

MISA DEL DÍA

ANTÍFONA DE ENTRADA

Hch 1, 11

Hombres de Galilea, ¿qué hacen allí parados mirando al cielo? Ese mismo Jesús, que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto marcharse. Aleluya.

Se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Dios todopoderoso, rebosar de santa alegría y, gozosos, elevar a ti fervorosas gracias ya que la ascensión de Cristo, tu Hijo, es también nuestra victoria, pues a donde llegó él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros, que somos su cuerpo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Se fue elevando a la vista de sus apóstoles.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 1, 1-11

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí acerca de todo lo que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que ascendió al cielo, después de dar sus instrucciones, por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había elegido. A ellos se les apareció después de la pasión, les dio numerosas pruebas de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios.

Un día, estando con ellos a la mesa, les mandó: “No se alejen de Jerusalén. Aguarden aquí a que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que ya les he hablado: Juan bautizó con agua; dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo”.

Los ahí reunidos le preguntaban: “Señor, ¿ahora sí vas a restablecer la soberanía de Israel?” Jesús les contestó: “A ustedes no les toca conocer el tiempo y la hora que el Padre ha determinado con su autoridad; pero cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, los llenará de fortaleza y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los últimos rincones de la tierra”.

Dicho esto, se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Mientras miraban fijamente al cielo, viéndolo alejarse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo? Ese mismo Jesús que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto alejarse”.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 46, 2-3. 6-7. 8-9

R/. Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya.

Aplaudan, pueblos todos; aclamen al Señor, de gozo llenos; que el Señor, el Altísimo, es terrible y de toda la tierra, rey supremo. **R/.**

Entre voces de júbilo y trompetas, Dios, el Señor, asciende hasta su trono. Cantemos en honor de nuestro Dios, al rey honremos y cantemos todos. **R/.**

Porque Dios es el rey del universo, cantemos el mejor de nuestros cantos. Reina Dios sobre todas las naciones desde su trono santo. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Hasta que alcancemos en todas sus dimensiones la plenitud de Cristo.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 4, 1-13

Hermanos: yo, Pablo, prisionero por la causa del Señor, los exhorto a que lleven una vida digna del llamamiento que ha recibido. Sean siempre humildes y amables; sean comprensivos y sopórtense mutuamente con amor; esfuércense en mantenerse unidos en el Espíritu con el vínculo de la paz.

Porque no hay más que un solo cuerpo y un solo Espíritu, como es también sólo una esperanza del llamamiento que ustedes han recibido. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que reina sobre todos, actúa a través de todos y vive en todos.

Cada uno de nosotros ha recibido la gracia en la medida en que Cristo se la ha dado. Por eso dice la Escritura: Subiendo a las alturas, llevó consigo a los cautivos y dio dones a los hombres.

¿Y qué quiere decir “subió”? Que primero bajó a lo profundo de la tierra. Y el que bajó es el mismo que subió a lo más alto de los cielos, para llenarlo todo.

Él fue quien concedió a unos ser apóstoles; a otros, ser profetas; a otros ser evangelizadores; a otros ser pastores y maestros. Y esto, para capacitar a los fieles, a fin de que, desempeñando debidamente su tarea, construyan el cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a estar unidos en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, y lleguemos a hacer hombres perfectos, que alcancemos en todas sus dimensiones la plenitud de Cristo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN (Mt 28, 19 20)

R/. Aleluya, aleluya.

Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos, dice el Señor, y sepan que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo. **R/.**

EVANGELIO

Subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios.

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 16,15-20

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: “Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura. El que crea y se bautice, se salvara; el que se resista a creer, será condenado. Estos son los milagros que acompañaran a los que hayan creído; arrojan demonios en mi nombre, hablan lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos, y si beben el veneno mortal, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y estos quedarán sanos”.

El Señor Jesús, después de hablarles subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios. Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes, y el Señor actuaba con ellos y confirmaba su predicción con los milagros que hacían. **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Pongamos, hermanos, nuestra mirada en Jesús, nuestro gran sacerdote, que ha atravesado el cielo para interceder por nosotros, y pidámosle por las necesidades de todos los hombres diciendo: Te rogamos, Señor. (R/. Te rogamos, Señor.)

1. Para que Cristo, desde el trono de su gloria, venga en ayuda de su Iglesia, que lucha en medio de las dificultades del mundo, y no permia que sus fieles se dejen cautivar por los bienes de la tierra, roguemos al Señor.

2. Para que Jesús, el Señor, que prometió que, al ser elevado sobre la tierra, atraería a todos hacia sí, revele su nombre a los hombres que aún no lo conocen, roguemos al Señor.

3. Para que el Señor, que con su triunfo ha glorificado nuestra carne colocándola cerca de Dios Padre, llene de esperanza a los que sufren enfermedades en el cuerpo o angustias en el espíritu, roguemos al Señor.

4. Para que el Señor, elevado al cielo, nos envíe el Espíritu Santo, para que nos enseñe a amar los bienes de arriba a no dejarnos cautivar por las cosas de la tierra, roguemos al Señor.

Dios, Padre todopoderoso, que has resucitado a Cristo, tu Hijo, y los has hecho Señor del universo, reconoce la voz de tu amado en las oraciones de la Iglesia y concédenos lo que, te hemos pedido. Por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina, inmortal y glorioso, por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al ofrecerte, Señor, este sacrificio en la gloriosa festividad de la ascensión, concédenos que por este santo intercambio, nos elevemos también nosotros a las cosas del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio I o II de la Ascensión

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN

Mt 28, 20

Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo. Alehuya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios todopoderoso y eterno, que nos permites participar en la tierra de los misterios divinos, concede que nuestro fervor cristiano nos oriente hacia el cielo, donde ya nuestra naturaleza humana está contigo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Puede utilizarse la fórmula de bendición solemne, p. 596

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Cierta aire nostálgico se respira en este relato de la Ascensión del Señor a los cielos que nos presenta el libro de los Hechos. La mirada de los discípulos se pierde en la inmensidad del horizonte queriendo recuperar un rasgo de la presencia física del resucitado. Un cambio de paradigma ha tenido lugar: no se le volverá a contemplar en su apariencia corpórea, sino que se sentirá su presencia espiritual y mística. En esta cultura que valora desmedidamente las evidencias empíricas resulta imposible imaginar un encuentro espiritual y no sensible entre los discípulos y el resucitado. Es necesario aprender a descifrar el silencio y la ausencia, captando la dimensión manifestativa de la realidad, y discernir los signos de su presencia. Jesús está vivo en la vida de hombres y mujeres que ponen en riesgo su vida, sirviendo por poner un ejemplo, como agentes sanitarios en un hospital de enfermos de ébola en Liberia o en una casa de migrantes en Oaxaca o Tamaulipas.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

La ascensión de Jesús a los cielos (Hch 1,1-11)

1ª lectura

Como en el evangelio (cfr Lc 1,1-4), San Lucas inicia su narración con un prólogo semejante al que empleaban los historiadores profanos. En este segundo volumen de su obra enlaza con los acontecimientos narrados al final del evangelio y comienza a relatar los orígenes y la primera expansión del cristianismo, efectuados con la fuerza del Espíritu Santo, protagonista central de todo el escrito. La dimensión espiritual del libro de los *Hechos*, que forma una estrecha unidad con el

tercer evangelio, encendió el alma de las primeras generaciones cristianas, que vieron en sus páginas la historia fiel y el amoroso actuar divino con el nuevo Israel que es la Iglesia. Así, la forma de narrar de Lucas es la de los historiadores, pero la significación del relato es más profunda: «Los *Hechos de los Apóstoles* parecen sonar puramente a desnuda historia, y que se limitan a tejer la niñez de la naciente Iglesia; pero, si caemos en la cuenta de que su autor es Lucas, el médico, cuya alabanza se encuentra en el Evangelio (cfr Col 4,14), advertiremos igualmente que todas sus palabras son medicamentos para el alma enferma» (S. Jerónimo, *Epistulae*53,9).

«Teófilo» (v. 1), a quien va dedicado el libro, pudo ser un cristiano culto y de posición acomodada. También puede ser una figura literaria, pues el nombre significa «amigo de Dios».

El tercer evangelio narra las apariciones de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús y a los Apóstoles, refiriéndolas al mismo día (cfr Lc 24,13.36). Aquí, San Lucas dice que se les apareció «durante cuarenta días» (v. 3). La cifra no es solamente un dato cronológico. El número admite un sentido literal y uno más profundo. Los períodos de cuarenta días o años tienen en la Sagrada Escritura un claro significado salvífico. Son tiempos en los que Dios prepara o lleva a cabo aspectos importantes de su actividad salvadora. El diluvio inundó la tierra durante cuarenta días (Gn 7,17); los israelitas caminaron cuarenta años por el desierto hacia la tierra prometida (Sal 95,10); Moisés permaneció cuarenta días en el monte Sinaí para recibir la revelación de Dios que contenía la Alianza (Ex 24,18); Elías anduvo cuarenta días y cuarenta noches con la fuerza del pan enviado por Dios, hasta llegar a su destino (1 R 19,8); y Nuestro Señor ayunó en el desierto durante cuarenta días como preparación a su vida pública (Mt 4,2).

La pregunta de los Apóstoles (v. 6) indica que todavía piensan en la restauración temporal de la dinastía de David: la esperanza en el Reino parece reducirse para ellos —como para muchos judíos de su tiempo— a la expectación de un dominio nacional judío, bajo el impulso divino, tan amplio y universal como la diáspora. Con su respuesta, el Señor les enseña que tal esperanza es una quimera: los planes de Dios están muy por encima de sus pensamientos; no se trata de una realización política sino de una realidad transformadora del hombre, obra del Espíritu Santo: «Pienso que no comprendían claramente en qué consistía el Reino, pues no habían sido instruidos aún por el Espíritu Santo» (S. Juan Crisóstomo, *In Acta Apostolorum*2).

Cuando el Señor corrige a sus discípulos, sí les especifica claramente cuál debe ser su misión: ser testigos suyos hasta los confines de la tierra (v. 8): ***El celo por las almas es un mandato amoroso del Señor, que, al subir a su gloria, nos envía como testigos suyos por el orbe entero. Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima*** (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 122).

Después (vv. 9-11), el Señor asciende a los cielos. Así se explica la situación actual del cuerpo resucitado de Jesús: «La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su Humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra. (...) Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo. Elevado al Cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 668-669).

Lo sentó a su derecha en los cielos (Ef 1,17-23)

2ª lectura

Los fieles a los que dirige esta carta a los Efesios, en su mayor parte procedentes de la gentilidad, están particularmente interesados por el «conocimiento» de los misterios divinos. Ese

afán, aunque podía estar influido por corrientes doctrinales y culturales del momento, era bueno de suyo. Por eso, se pide a Dios el Espíritu de sabiduría y revelación, para conocer lo verdaderamente importante, Jesucristo, en quien reside toda plenitud. Además, el conocimiento del misterio de Cristo constituye un sólido fundamento para la esperanza (v. 18): «La palabra del Apóstol habla de las cosas futuras como ya hechas, como corresponde a la potencia de Dios, pues lo que se ha de llevar a cabo en la plenitud de los tiempos ya tiene consistencia en Cristo, en el que está toda la plenitud; y todo lo que ha de suceder es, más que una novedad, el desarrollo del plan de salvación» (S. Hilario de Poitiers, *De Trinitate* 11,31).

Jesús, después de hablarles, se elevó al cielo (Mc 16,15-20)

Evangelio

El segundo evangelio finaliza con un apretado sumario sobre las apariciones del resucitado. Estos versículos tienen un estilo distinto del resto del evangelio y faltan en algunos manuscritos. Con todo, ya sea que Marcos siguió de cerca un documento, ya sea un añadido posterior, este pasaje es considerado canónico y, por tanto, inspirado.

La aparición a los Once (vv. 14-18) condensa la misión de los Apóstoles, que es ahora la misión de la Iglesia: el destino universal de la salvación y la necesidad del Bautismo para acceder a ella. La enseñanza de la Iglesia lo expresa así: «Ante todo, debe ser firmemente creído que la “Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación, pues Cristo es el único Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia, y Él, inculcando con palabras concretas la necesidad del bautismo (cfr Mc 16,16; Jn 3,5), confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta” (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 14) Esta doctrina no se contrapone a la voluntad salvífica universal de Dios (cfr 1 Tm 2,4); por lo tanto, “es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación” (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 9). (...) La Iglesia, guiada por la caridad y el respeto de la libertad, debe empeñarse primariamente en anunciar a todos los hombres la verdad definitivamente revelada por el Señor, y a proclamar la necesidad de la conversión a Jesucristo y la adhesión a la Iglesia a través del bautismo y los otros sacramentos, para participar plenamente de la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por otra parte, la certeza de la voluntad salvífica universal de Dios no disminuye sino aumenta el deber y la urgencia del anuncio de la salvación y la conversión al Señor Jesucristo» (Congr. Doctrina de la Fe, *Dominus Iesus*, nn. 20 y 22).

Finalmente, los dos últimos versículos (vv. 19-20) relatan quién es Jesús en el presente de la historia: el que ha sido exaltado a la derecha del Padre y quien actúa en sus discípulos confirmando su palabra. La Ascensión del Señor a los Cielos y el estar sentado a la derecha del Padre constituyen el sexto artículo de la Fe que recitamos en el Credo. Jesucristo subió al Cielo en cuerpo y alma; en su Humanidad, ha tomado eterna posesión de la gloria y ocupa junto a Dios el puesto de honor sobre todas las criaturas en cuanto hombre (cfr *Catechismus Romanus* 1,7,2-3). Con su «entrada» en los Cielos, en su nuevo modo de existencia gloriosa, de alguna manera ya estamos nosotros también participando de esa gloria (cfr Ef 2,6). El *Catecismo de la Iglesia Católica* resume así la repercusión salvífica de la ascensión: «Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino glorioso del Padre para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos en la esperanza de estar un día con Él eternamente» (n. 666).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

La Ascensión del Señor

1. Nuestro Señor Jesucristo ha subido hoy al cielo; suba con él nuestro corazón. Escuchemos al Apóstol, que dice: *Si habéis resucitado con Cristo, gustad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha del Padre; buscad las cosas de arriba, no las de la tierra.* Como él ascendió sin apartarse de nosotros, de idéntica manera también nosotros estamos ya con él allí, aunque aún no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que tenemos prometido. Él ha sido ensalzado ya por encima de los cielos; no obstante, sufre en la tierra cuantas fatigas padecemos nosotros en cuanto miembros suyos. Una prueba de esta verdad la dio al clamar desde lo alto: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Y al decir: *tuve hambre y me distéis de comer* ¿Por qué nosotros no nos esforzamos en la tierra por descansar con él en el cielo sirviéndonos de la fe, la esperanza, la caridad, que nos une a él? Él está allí con nosotros; igualmente, nosotros estamos aquí con él. Él lo puede por su divinidad, su poder y su amor; nosotros, aunque no lo podemos en virtud de la divinidad como él, lo podemos, no obstante, por el amor, pero amor hacia él. Él no se alejó del cielo cuando descendió de allí hasta nosotros, ni tampoco se alejó de nosotros cuando ascendió de nuevo al cielo. Que estaba en el cielo mientras se hallaba en la tierra, lo atestigua él mismo: *Nadie, dijo, subió al cielo sino quien bajó del cielo, el hijo del hombre que está en el cielo.* No dijo: «El hijo del hombre que estará en el cielo», sino: *El hijo del hombre que está en él cielo.*

2. El permanecer con nosotros incluso cuando está en el cielo es una promesa hecha antes de su ascensión al decir: *Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo.* Pero también nosotros estamos allí, puesto que él mismo dijo: *Regocijaos, porque vuestros nombres han sido escritos en el cielo,* a pesar de que con nuestros cuerpos y fatigas quebrantemos la tierra y la tierra nos quebrante a nosotros. Una vez que nos encontremos en su gloria después de la resurrección corporal, ni nuestro cuerpo habitará esta tierra de mortalidad ni nuestro afecto se sentirá inclinado hacia ella; todo él lo tomará de aquí quien tiene las primicias de nuestro espíritu. No hemos de perder la esperanza de alcanzar la perfecta y angélica morada celestial porque él haya dicho: *Nadie sube al cielo sino quien bajó del cielo: el hijo del hombre que está en el cielo.* Parece que estas palabras se refieren únicamente a él, como si ninguno de nosotros tuviese acceso a él. Pero tales palabras se dijeron en atención a la unidad que formamos, según la cual él es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo. Nadie, pues, sino él, puesto que nosotros somos él en cuanto que él es hijo del hombre por nosotros, y nosotros hijos de Dios por él. Así habla el Apóstol: *De igual manera que el cuerpo es único y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.* No dijo: «Así Cristo», sino *así también Cristo.* A Cristo, pues, lo constituyen muchos miembros, que son un único cuerpo. Descendió del cielo por misericordia y no asciende nadie sino él, puesto que también nosotros estamos en él por gracia. Según esto, nadie descendió y nadie ascendió, sino Cristo. No se trata de diluir la dignidad de la cabeza en el cuerpo, sino de no separar de la cabeza la unidad del cuerpo. No dice «de tus descendencias», como si fueran muchas, sino: *En tu descendencia que es Cristo.* Así, pues, llama a Cristo descendencia de Abrahán; y, no obstante, el mismo Apóstol dijo: *Pues vosotros sois descendencia de Abrahán.* Por tanto, si no se trata de descendencias, como si fueran muchas, sino de una sola, y ésta la de Abrahán, que es Cristo; la de Abrahán, que somos nosotros, cuando él sube al cielo, nosotros no estamos separados de él. No mira con malos ojos el que nosotros vayamos allá quien descendió del cielo, sino que ciclo.» Por eso, robustezcámonos entre tanto; ardamos con todas las llamas del deseo por ello; meditemos en la tierra lo que contamos poseer en el cielo. Entonces nos despojaremos de la carne de la mortalidad; despojémonos ahora de la vetustez del alma: el cuerpo será elevado fácilmente a las alturas celestes si el peso de los pecados no oprimen al espíritu.

3. Por insinuación calumniosa de los herejes, a algunos les intriga el saber cómo el Señor descendió sin cuerpo y ascendió con él; les parece que está en contradicción con aquellas palabras: *Nadie sube al cielo sino quien bajó del cielo*. ¿Cómo pudo subir al cielo, preguntan, un cuerpo que no bajó de allí? Como si él hubiera dicho: «Nada sube al cielo sino lo que bajó de él.» Lo que dijo fue esto otro: *Nadie sube sino quien bajó*. La afirmación se refiere a la persona, no a la vestimenta de la persona. Descendió sin el vestido del cuerpo, ascendió con él; pero nadie ascendió, sino quien descendió. Si él nos incorporó a sí mismo en calidad de miembros suyos, de forma que, incluso incorporados nosotros, sigue siendo él mismo, ¿con cuánta mayor razón no puede tener en él otra persona el cuerpo que tomó de la virgen! ¿Quién dirá que no fue la misma persona la que subió a un monte, o a una muralla, o a cualquier otro lugar elevado por el hecho de que, habiendo descendido despojado de sus vestiduras, asciende con ellas, o porque, habiendo descendido desarmado, asciende armado? Como en este caso se dice que nadie subió sino quien descendió, aunque haya subido con algo que no tenía al descender, de idéntica manera, nadie subió al cielo sino Cristo, porque nadie sino él bajó de allí, aunque haya descendido sin cuerpo y haya ascendido con él, habiendo de ascender también nosotros no por nuestro poder, sino por la unión entre nosotros y con él. En efecto, *son dos en una sola carne; es el gran sacramento de Cristo y la Iglesia*; por eso dice él mismo: *Ya no son dos, sino una sola carne*.

4. Ayunó cuando fue tentado, a pesar de que, con anterioridad a su muerte, necesitaba el alimento, y, en cambio, comió y bebió una vez glorificado, a pesar de que, después de su resurrección, ya no lo necesitaba. En el primer caso mostraba en su persona nuestra fatiga; en el segundo, en nosotros su consolación; en ambas ocasiones, en el marco de cuarenta días. En efecto, según consta en el evangelio, cuando fue tentado en el desierto antes de la muerte de su carne había ayunado durante cuarenta días; y, a su vez, según lo indica Pedro en los Hechos de los Apóstoles, después de la resurrección de su carne pasó cuarenta días con sus discípulos, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo. Bajo el número 40 parece estar simbolizado el transcurso de este mundo en quienes han sido llamados a la gracia por quien no vino a anular la ley, sino a darle cumplimiento. Diez son los preceptos de la ley cuando ya la gracia de Cristo se halla difundida por el mundo. El mundo consta de cuatro partes, y 10 multiplicado por 4 da 40, puesto que *los que han sido redimidos por el Señor fueron reunidos de todas las regiones: de oriente y de occidente, del norte y del mar*. Su ayuno de cuarenta días antes de su muerte equivalía, en cierto modo, a clamar: «Absteneos de los deseos mundanos»; y el comer y beber durante cuarenta días después de la resurrección de la carne equivalía a decir: *Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*. El ayuno, en efecto, tiene lugar en la tribulación del combate, porque *quien compite en la lucha se abstiene de todo*; el alimento, en cambio, es propio de la paz esperada, que no será perfecta hasta que nuestro cuerpo, cuya redención anhelamos, no se revista de inmortalidad; cosa que no nos gloriamos de haberla alcanzado ya, pero de la que nos alimentamos en la esperanza. Una y otra cosa hemos de hacer; así lo mostró el Apóstol al decir: *Gozando en la esperanza y siendo pacientes en la tribulación*, como si lo primero se hallase simbolizado en el alimento, y lo segundo en el ayuno. Una y otra cosa hemos de realizar cuando emprendemos el camino del Señor: ayunar de la vanidad del mundo presente y robustecernos con la promesa del futuro; en el primer caso no apegando el corazón, y en el segundo, poniendo su alimento en lo alto.

(Sermones sobre los tiempos litúrgicos, Sermón 263 A, O.C. (XXIV), BAC Madrid 1983, pp. 659-664)

FRANCISCO – Regina Coeli 2014 y Mensaje 2015

Regina Coeli 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, en Italia y en otros países, se celebra la Ascensión de Jesús al cielo, que tuvo lugar cuarenta días después de la Pascua. Los Hechos de los apóstoles relatan este episodio, la separación final del Señor Jesús de sus discípulos y de este mundo (cf. *Hch* 1, 2.9). El Evangelio de Mateo, en cambio, presenta el mandato de Jesús a los discípulos: la invitación a ir, a salir para anunciar a todos los pueblos su mensaje de salvación (cf. *Mt* 28, 16-20). «Ir», o mejor, «salir» se convierte en la palabra clave de la fiesta de hoy: Jesús *sale* hacia el Padre y ordena a los discípulos que *salgan* hacia el mundo.

Jesús *sale*, asciende al cielo, es decir, vuelve al Padre, que lo había mandado al mundo. Hizo su trabajo, por lo tanto, vuelve al Padre. Pero no se trata de una separación, porque Él permanece para siempre con nosotros, de una forma nueva. Con su ascensión, el Señor resucitado atrae la mirada de los Apóstoles —y también nuestra mirada— a las alturas del cielo para mostrarnos que la meta de nuestro camino es el Padre. Él mismo había dicho que se marcharía para prepararnos un lugar en el cielo. Sin embargo, Jesús permanece presente y activo en las vicisitudes de la historia humana con el poder y los dones de su Espíritu; está junto a cada uno de nosotros: aunque no lo veamos con los ojos, Él está. Nos acompaña, nos guía, nos toma de la mano y nos levanta cuando caemos. Jesús resucitado está cerca de los cristianos perseguidos y discriminados; está cerca de cada hombre y cada mujer que sufre. Está cerca de todos nosotros, también hoy está aquí con nosotros en la plaza; el Señor está con nosotros. ¿Vosotros creéis esto? Entonces lo decimos juntos: ¡El Señor está con nosotros!

Jesús, cuando vuelve al cielo, lleva al Padre un regalo. ¿Cuál es el regalo? Sus llagas. Su cuerpo es bellissimo, sin las señales de los golpes, sin las heridas de la flagelación, pero conserva las llagas. Cuando vuelve al Padre le muestra las llagas y le dice: «Mira Padre, este es el precio del perdón que tú das». Cuando el Padre contempla las llagas de Jesús nos perdona siempre, no porque seamos buenos, sino porque Jesús ha pagado por nosotros. Contemplando las llagas de Jesús, el Padre se hace más misericordioso. Este es el gran trabajo de Jesús hoy en el cielo: mostrar al Padre el precio del perdón, sus llagas. Esto es algo hermoso que nos impulsa a no tener miedo de pedir perdón; el Padre siempre perdona, porque mira las llagas de Jesús, mira nuestro pecado y lo perdona.

Pero Jesús está presente también mediante la Iglesia, a quien Él envió a prolongar su misión. La última palabra de Jesús a los discípulos es la orden de *partir*: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (*Mt* 28, 19). Es un mandato preciso, no es facultativo. La comunidad cristiana es una comunidad «en salida». Es más: la Iglesia nació «en salida». Y vosotros me diréis: ¿y las comunidades de clausura? Sí, también ellas, porque están siempre «en salida» con la oración, con el corazón abierto al mundo, a los horizontes de Dios. ¿Y los ancianos, los enfermos? También ellos, con la oración y la unión a las llagas de Jesús.

A sus discípulos misioneros Jesús dice: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (v. 20). Solos, sin Jesús, no podemos hacer nada. En la obra apostólica no bastan nuestras fuerzas, nuestros recursos, nuestras estructuras, incluso siendo necesarias. Sin la presencia del Señor y la fuerza de su Espíritu nuestro trabajo, incluso bien organizado, resulta ineficaz. Y así vamos a decir a la gente quién es Jesús.

Y junto con Jesús nos acompaña María nuestra Madre. Ella ya está en la casa del Padre, es Reina del cielo y así la invocamos en este tiempo; pero como Jesús está con nosotros, camina con nosotros, es la Madre de nuestra esperanza.

MENSAJE PARA LA XLIX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Comunicar la familia: ambiente privilegiado del encuentro en la gratuidad del amor

El tema de la familia está en el centro de una profunda reflexión eclesial y de un proceso sinodal que prevé dos sínodos, uno extraordinario –apenas celebrado– y otro ordinario, convocado para el próximo mes de octubre. En este contexto, he considerado oportuno que el tema de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales tuviera como punto de referencia la familia. En efecto, *la familia es el primer lugar donde aprendemos a comunicar*. Volver a este momento originario nos puede ayudar, tanto a comunicar de modo más auténtico y humano, como a observar la familia desde un nuevo punto de vista.

Podemos dejarnos inspirar por el episodio evangélico de la visita de María a Isabel (cf. *Lc* 1,39-56). «En cuanto Isabel oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a voz en grito: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”» (vv. 41-42).

Este episodio nos muestra ante todo la comunicación como *un diálogo que se entrelaza con el lenguaje del cuerpo*. En efecto, la primera respuesta al saludo de María la da el niño saltando gozosamente en el vientre de Isabel. Exultar por la alegría del encuentro es, en cierto sentido, el arquetipo y el símbolo de cualquier otra comunicación que aprendemos incluso antes de venir al mundo. El seno materno que nos acoge es la primera «escuela» de comunicación, hecha de escucha y de contacto corpóreo, donde comenzamos a familiarizarnos con el mundo externo en un ambiente protegido y con el sonido tranquilizador del palpar del corazón de la mamá. Este encuentro entre dos seres a la vez tan íntimos, aunque todavía tan extraños uno de otro, es un encuentro lleno de promesas, es nuestra primera experiencia de comunicación. Y es una experiencia que nos acomuna a todos, porque todos nosotros hemos nacido de una madre.

Después de llegar al mundo, permanecemos en un «seno», que es la familia. *Un seno hecho de personas diversas en relación*; la familia es el «lugar donde se aprende a convivir en la diferencia» (Exhort. ap. *Evangeli gaudium*, 66): diferencias de géneros y de generaciones, que comunican antes que nada porque se acogen mutuamente, porque entre ellos existe un vínculo. Y cuanto más amplio es el abanico de estas relaciones y más diversas son las edades, más rico es nuestro ambiente de vida. Es el *vínculo* el que fundamenta la *palabra*, que a su vez fortalece el vínculo. Nosotros no inventamos las palabras: las podemos usar porque las hemos recibido. En la familia se aprende a hablar la *lengua materna*, es decir, la lengua de nuestros antepasados (cf. *2 M7,25.27*). En la familia se percibe que otros nos han precedido, y nos han puesto en condiciones de existir y de poder, también nosotros, generar vida y hacer algo bueno y hermoso. Podemos dar porque hemos recibido, y este círculo virtuoso está en el corazón de la capacidad de la familia de comunicarse y de comunicar; y, más en general, es el paradigma de toda comunicación.

La experiencia del vínculo que nos «precede» hace que la familia sea también el contexto en el que se transmite esa *forma fundamental de comunicación* que es la *oración*. Cuando la mamá y el papá acuestan para dormir a sus niños recién nacidos, a menudo los confían a Dios para que vele por ellos; y cuando los niños son un poco más mayores, recitan junto a ellos oraciones simples, recordando con afecto a otras personas: a los abuelos y otros familiares, a los enfermos y los que

sufran, a todos aquellos que más necesitan de la ayuda de Dios. Así, la mayor parte de nosotros ha aprendido en la familia la *dimensión religiosa de la comunicación*, que en el cristianismo está impregnada de amor, el amor de Dios que se nos da y que nosotros ofrecemos a los demás.

Lo que nos hace entender en la familia lo que es verdaderamente la comunicación como *descubrimiento y construcción de proximidad* es la capacidad de abrazarse, sostenerse, acompañarse, descifrar las miradas y los silencios, reír y llorar juntos, entre personas que no se han elegido y que, sin embargo, son tan importantes las unas para las otras. Reducir las distancias, saliendo los unos al encuentro de los otros y acogiéndose, es motivo de gratitud y alegría: del saludo de María y del salto del niño brota la bendición de Isabel, a la que sigue el bellísimo canto del *Magnificat*, en el que María alaba el plan de amor de Dios sobre ella y su pueblo. De un «sí» pronunciado con fe, surgen consecuencias que van mucho más allá de nosotros mismos y se expanden por el mundo. «Visitar» comporta abrir las puertas, no encerrarse en uno mismo, salir, ir hacia el otro. También la familia está viva si respira abriéndose más allá de sí misma, y las familias que hacen esto pueden comunicar su mensaje de vida y de comunión, pueden dar consuelo y esperanza a las familias más heridas, y hacer crecer la Iglesia misma, que es familia de familias.

La familia es, más que ningún otro, el lugar en el que, viviendo juntos la cotidianidad, se experimentan los *límites* propios y ajenos, los pequeños y grandes problemas de la convivencia, del ponerse de acuerdo. No existe la familia perfecta, pero no hay que tener miedo a la imperfección, a la fragilidad, ni siquiera a los conflictos; hay que aprender a afrontarlos de manera constructiva. Por eso, la familia en la que, con los propios límites y pecados, todos se quieren, se convierte en una *escuela de perdón*. El perdón es una *dinámica de comunicación*: una comunicación que se desgasta, se rompe y que, mediante el arrepentimiento expresado y acogido, se puede reanudar y acrecentar. Un niño que aprende en la familia a escuchar a los demás, a hablar de modo respetuoso, expresando su propio punto de vista sin negar el de los demás, será un constructor de diálogo y reconciliación en la sociedad.

A propósito de límites y comunicación, tienen mucho que enseñarnos *las familias con hijos afectados por una o más discapacidades*. El déficit en el movimiento, los sentidos o el intelecto supone siempre una tentación de encerrarse; pero puede convertirse, gracias al amor de los padres, de los hermanos y de otras personas amigas, en un *estímulo para abrirse, compartir, comunicar de modo inclusivo*; y puede ayudar a la escuela, la parroquia, las asociaciones, a que sean más acogedoras con todos, a que no excluyan a nadie.

Además, en un mundo donde tan a menudo se maldice, se habla mal, se siembra cizaña, se contamina nuestro ambiente humano con las habladurías, la familia puede ser una *escuela de comunicación como bendición*. Y esto también allí donde parece que prevalece inevitablemente el odio y la violencia, cuando las familias están separadas entre ellas por muros de piedra o por los muros no menos impenetrables del prejuicio y del resentimiento, cuando parece que hay buenas razones para decir «ahora basta»; el único modo para romper la espiral del mal, para testimoniar que el bien es siempre posible, para educar a los hijos en la fraternidad, es en realidad bendecir en lugar de maldecir, visitar en vez de rechazar, acoger en lugar de combatir.

Hoy, los *medios de comunicación más modernos*, que son irrenunciables sobre todo para los más jóvenes, *pueden tanto obstaculizar como ayudar* a la comunicación en la familia y entre familias. La pueden *obstaculizar* si se convierten en un modo de sustraerse a la escucha, de aislarse de la presencia de los otros, de saturar cualquier momento de silencio y de espera, olvidando que «el silencio es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido» (Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVI Jornada Mundial de las Comunicaciones*

Sociales, 24 enero 2012). La pueden *favorecer* si ayudan a contar y compartir, a permanecer en contacto con quienes están lejos, a agradecer y a pedir perdón, a hacer posible una y otra vez el encuentro. Redescubriendo cotidianamente este centro vital que es el encuentro, este «inicio vivo», sabremos orientar nuestra relación con las tecnologías, en lugar de ser guiados por ellas. También en este campo, los padres son los primeros educadores. Pero no hay que dejarlos solos; la comunidad cristiana está llamada a ayudarles para vivir en el mundo de la comunicación según los criterios de la dignidad de la persona humana y del bien común.

El desafío que hoy se nos propone es, por tanto, *volver a aprender a narrar*, no simplemente a producir y consumir información. Esta es la dirección hacia la que nos empujan los potentes y valiosos medios de la comunicación contemporánea. La información es importante pero no basta, porque a menudo simplifica, contrapone las diferencias y las visiones distintas, invitando a ponerse de una u otra parte, en lugar de favorecer una visión de conjunto.

La familia, en conclusión, no es un campo en el que se comunican opiniones, o un terreno en el que se combaten batallas ideológicas, sino *un ambiente en el que se aprende a comunicar* en la proximidad y un sujeto que comunica, una «*comunidad comunicante*». Una comunidad que sabe acompañar, festejar y fructificar. En este sentido, es posible restablecer una mirada capaz de reconocer que la familia sigue siendo un gran recurso, y no sólo un problema o una institución en crisis. Los medios de comunicación tienden en ocasiones a presentar la familia como si fuera un modelo abstracto que hay que defender o atacar, en lugar de una realidad concreta que se ha de vivir; o como si fuera una ideología de uno contra la de algún otro, en lugar del espacio donde todos aprendemos lo que significa comunicar en el amor recibido y entregado. Narrar significa más bien comprender que nuestras vidas están entrelazadas en una trama unitaria, que las voces son múltiples y que cada una es insustituible.

La familia más hermosa, protagonista y no problema, es la que sabe comunicar, partiendo del testimonio, la belleza y la riqueza de la relación entre hombre y mujer, y entre padres e hijos. No luchamos para defender el pasado, sino que trabajamos con paciencia y confianza, en todos los ambientes en que vivimos cotidianamente, para construir el futuro.

Vaticano, 23 de enero de 2015

Vigilia de la fiesta de San Francisco de Sales.

Francisco

BENEDICTO XVI – Homilías en las principales fiestas del año litúrgico

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

659. “Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al Cielo y se sentó a la diestra de Dios” (*Mc* 16, 19). El Cuerpo de Cristo fue glorificado desde el instante de su Resurrección como lo prueban las propiedades nuevas y sobrenaturales, de las que desde entonces su cuerpo disfruta para siempre (cf. *Lc* 24, 31; *Jn* 20, 19. 26). Pero durante los cuarenta días en los que él come y bebe familiarmente con sus discípulos (cf. *Hch* 10, 41) y les instruye sobre el Reino (cf. *Hch* 1, 3), su gloria aún queda velada bajo los rasgos de una humanidad ordinaria (cf. *Mc* 16,12; *Lc* 24, 15; *Jn* 20, 14-15; 21, 4). La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la

gloria divina simbolizada por la nube (cf. *Hch* 1, 9; cf. también *Lc* 9, 34-35; *Ex* 13, 22) y por el cielo (cf. *Lc* 24, 51) donde él se sienta para siempre a la derecha de Dios (cf. *Mc* 16, 19; *Hch* 2, 33; 7, 56; cf. también *Sal* 110, 1). Sólo de manera completamente excepcional y única, se muestra a Pablo “como un abortivo” (*I Co* 15, 8) en una última aparición que constituye a éste en apóstol (cf. *I Co* 9, 1; *Ga* 1, 16).

660. El carácter velado de la gloria del Resucitado durante este tiempo se transparenta en sus palabras misteriosas a María Magdalena: “Todavía [...] no he subido al Padre. Vete donde los hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (*Jn* 20, 17). Esto indica una diferencia de manifestación entre la gloria de Cristo resucitado y la de Cristo exaltado a la derecha del Padre. El acontecimiento a la vez histórico y trascendente de la Ascensión marca la transición de una a otra.

661. Esta última etapa permanece estrechamente unida a la primera es decir, a la bajada desde el cielo realizada en la Encarnación. Solo el que “salió del Padre” puede “volver al Padre”: Cristo (cf. *Jn* 16,28). “Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre” (*Jn* 3, 13; cf. *Ef* 4, 8-10). Dejada a sus fuerzas naturales, la humanidad no tiene acceso a la “Casa del Padre” (*Jn* 14, 2), a la vida y a la felicidad de Dios. Sólo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre, “ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino” (*Prefacio de la Ascensión del Señor, I: Misa Romano*).

662. “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (*Jn* 12, 32). La elevación en la Cruz significa y anuncia la elevación en la Ascensión al cielo. Es su comienzo. Jesucristo, el único Sacerdote de la Alianza nueva y eterna, “no [...] penetró en un Santuario hecho por mano de hombre [...], sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro” (*Hb* 9, 24). En el cielo, Cristo ejerce permanentemente su sacerdocio. “De ahí que pueda salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor” (*Hb* 7, 25). Como “Sumo Sacerdote de los bienes futuros” (*Hb* 9, 11), es el centro y el oficiante principal de la liturgia que honra al Padre en los cielos (cf. *Ap* 4, 6-11).

663. Cristo, desde entonces, *está sentado a la derecha del Padre*: “Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada” (San Juan Damasceno, *Expositio fidei*, 75 [*De fide orthodoxa*, 4, 2]: PG 94, 1104).

664. Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel respecto del Hijo del hombre: “A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (*Dn* 7, 14). A partir de este momento, los Apóstoles se convirtieron en los testigos del “Reino que no tendrá fin” (*Símbolo de Niceno-Constantinopolitano*: DS 150).

Resumen

665. *La ascensión de Jesucristo marca la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celeste de Dios de donde ha de volver (cf. Hch 1, 11), aunque mientras tanto lo esconde a los ojos de los hombres (cf. Col 3, 3).*

666. *Jesucristo, cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino glorioso del Padre para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos en la esperanza de estar un día con Él eternamente.*

667. Jesucristo, habiendo entrado una vez por todas en el santuario del cielo, intercede sin cesar por nosotros como el mediador que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo.

668. “Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos” (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra. Él está “por encima de todo principado, potestad, virtud, dominación” porque el Padre “bajo sus pies sometió todas las cosas” (Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En Él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento transcendente.

669. Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (cf. Ef 1, 22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (cf. Ef 4, 11-13). “La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio” (LG 3), “constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra” (LG 5).

670. Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la “última hora” (1 Jn 2, 18; cf. 1 P 4, 7). “El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta” (LG 48). El Reino de Cristo manifiesta ya su presencia por los signos milagrosos (cf. Mc 16, 17-18) que acompañan a su anuncio por la Iglesia (cf. Mc 16, 20).

... esperando que todo le sea sometido

671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado “con gran poder y gloria” (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Ts 2, 7), a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y “mientras no [...] haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios” (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: “Ven, Señor Jesús” (Ap 22, 20; cf. 1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

672. Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf. Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la “tribulación” (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

697. *La nube y la luz.* Estos dos símbolos son inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. Desde las teofanías del Antiguo Testamento, la Nube, unas veces oscura, otras luminosa, revela al Dios vivo y salvador, tendiendo así un velo sobre la transcendencia de su Gloria: con Moisés en la montaña del Sinaí (cf. Ex 24, 15-18), en la Tienda de Reunión (cf. Ex 33, 9-10) y durante la marcha por el desierto (cf. Ex 40, 36-38; 1 Co 10, 1-2); con Salomón en la dedicación del Templo (cf. 1 R 8, 10-12). Pues bien, estas figuras son cumplidas por Cristo en el Espíritu Santo. Él es quien desciende

sobre la Virgen María y la cubre “con su sombra” para que ella conciba y dé a luz a Jesús (Lc 1, 35). En la montaña de la Transfiguración es Él quien “vino en una nube y cubrió con su sombra” a Jesús, a Moisés y a Elías, a Pedro, Santiago y Juan, y «se oyó una voz desde la nube que decía: “Este es mi Hijo, mi Elegido, escuchadle”» (Lc 9, 34-35). Es, finalmente, la misma nube la que “ocultó a Jesús a los ojos” de los discípulos el día de la Ascensión (Hch 1, 9), y la que lo revelará como Hijo del hombre en su Gloria el Día de su Advenimiento (cf. Lc 21, 27).

792. Cristo “es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1, 18). Es el Principio de la creación y de la redención. Elevado a la gloria del Padre, “él es el primero en todo” (Col 1, 18), principalmente en la Iglesia por cuyo medio extiende su reino sobre todas las cosas.

965. Después de la Ascensión de su Hijo, María “estuvo presente en los comienzos de la Iglesia con sus oraciones” (LG 69). Reunida con los apóstoles y algunas mujeres, “María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra” (LG 59).

2795. El símbolo del cielo nos remite al misterio de la Alianza que vivimos cuando oramos al Padre. Él está en el cielo, es su morada, la Casa del Padre es, por tanto, nuestra “patria”. De la patria de la Alianza el pecado nos ha desterrado (cf Gn 3) y hacia el Padre, hacia el cielo, la conversión del corazón nos hace volver (cf Jr 3, 19-4, 1a; Lc 15, 18. 21). En Cristo se han reconciliado el cielo y la tierra (cf Is 45, 8; Sal 85, 12), porque el Hijo “ha bajado del cielo”, solo, y nos hace subir allí con Él, por medio de su Cruz, su Resurrección y su Ascensión (cf Jn 12, 32; 14, 2-3; 16, 28; 20, 17; Ef 4, 9-10; Hb 1, 3; 2, 13).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Nuestra patria está en los cielos

Hoy se celebra la fiesta de la Ascensión de Jesús a los cielos. En la primera lectura el suceso está descrito así:

«Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Mientras miraban fijos al cielo, viéndolo irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse”».

Ésta es, por así decirlo, la descripción externa del acontecimiento. El significado oculto del hecho, por el contrario, nos ha sido ilustrado por san Pablo en la segunda lectura; y es que Dios «resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos», «sometió bajo sus pies todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia». La Ascensión celebra la entronización de Cristo como Señor del universo.

Es curioso escuchar de la boca de los dos ángeles (los «hombres vestidos de blanco») la misma reprimenda que, en tono menos amable, frecuentemente les ha sido dirigida a los cristianos por parte de los no creyentes: «¿Por qué estáis mirando el cielo?» «¡Los cristianos, ha dicho Hegel, derrochan en el cielo los tesoros destinados a la tierra!» «Ellos, ha afirmado C. Marx, proyectan en el cielo sus deseos no sofocados en la tierra».

La fiesta de hoy nos obliga a reflexionar en qué significa la palabra cielo, que aparece continuamente en las lecturas bíblicas, y en el mismo nombre de la fiesta: «Ascensión de Jesús al cielo».

Algunos hoy confunden este cielo de la fe con el físico o astronómico y de ello surge una mezcla explosiva. Hace tiempo, en los Estados Unidos, tuvo lugar un suicidio en masa de treinta y nueve personas pertenecientes a una pequeña secta denominada «Puerta del cielo» (Heaven's Gate). ¿El motivo? Cansados y disgustados de la vida en la tierra y descentrados por lo mucho que se habla hoy de los extraños, de objetos no identificados (UFO) y de extraterrestres, estaban ellos impacientes por ascender «a un nivel más alto» e ir a vivir en cualquier otro planeta. El paso cercano a la tierra del cometa Hale-Bopp fue tomado como el signo esperado. Era llegada la hora de dejar acá abajo sus «vehículos» o «contenedores», como llamaban al cuerpo; era necesario darse prisa para subir en la nave, que venía a recogerles, antes de que desapareciera de nuevo en los espacios profundos del cosmos.

De este episodio desagradable se ve asimismo cuán importante sea esclarecer lo que «hemos de entender cuando el Evangelio nos habla del cielo. Platón, uno de los más grandes maestros de la humanidad, ha recluso en una semejanza el sentido espiritual del cielo; se trata del así llamado mito de la caverna. No os asustéis, veréis que se trata de una filosofía muy comprensible. Y, después, ¿quién ha dicho que los tesoros más profundos del pensamiento humano deben estar reservados sólo a los dotados y a quienes han podido estudiar en la universidad? No existe idea por profunda que sea que, encontrando un lenguaje apto, no pueda hacerse entender incluso por las personas menos instruidas.

Por lo tanto, escribe Platón, imagina esta escena. Unos hombres han sido confinados en el fondo de una gruta o caverna oscura, con las espaldas en sentido opuesto a la entrada. Han sido atados de tal modo que no pueden mirar más que hacia adelante, hacia la pared del fondo. A sus espaldas, detrás de un pequeño muro, hay gente, que va y viene llevando varios objetos en la mano y en la cabeza. Entre la entrada de la gruta y esta gente con varios objetos existe un foco, que proyecta sus propias sombras sobre la pared del fondo, que es la única que pueden ver los prisioneros. No habiendo visto desde siempre nada más, las personas encadenadas en la gruta piensan que aquellas sombras son la única realidad, que no existe ninguna otra. Tanto que si alguno consiguiese liberarse y salir fuera, a cielo abierto, y volver después hacia atrás, intentando explicar a los prisioneros cómo están verdaderamente las cosas, les pondrían a ellos a morir, pensando que por la excesiva luz les ha comenzado a dar vueltas el cerebro (¡lo que hicieron, de hecho, los atenienses con Sócrates!).

Ésta, dice Platón, es nuestra condición, los hombres, en el mundo. Todo el mundo es una caverna. Las cosas, que nosotros creemos verdaderas y reales, no son más que sombras de la realidad, que se encuentran allá arriba en el cielo. Son imitaciones de la realidad celestial. Es necesario soltarse del cuerpo, que nos encadena a la materia y a las ilusiones, y «salir de la caverna» para conocer la verdadera realidad. Por lo tanto, Platón ya había entendido que el cielo, en cuanto patria definitiva del hombre, no es algo físico, situado en cualquier parte remota del cosmos. Es un cielo cualitativamente distinto, situado fuera del espacio y del tiempo. Él lo llamaba el «mundo de las ideas» o hiperuranio.

Nuestro gran pintor Rafael ha compendiado magistralmente el pensamiento de Platón en el famoso cuadro llamado La escuela de Atenas. En él vemos representados a los dos máximos filósofos antiguos, Platón y Aristóteles, con planteamientos opuestos. Aristóteles, con la mano dirigida hacia abajo, afirma que la realidad está sobre la tierra y que nuestro conocimiento debe partir de las cosas, que se ven y que se tocan; Platón, con el dedo dirigido hacia arriba, recuerda que la realidad está en lo alto, en el cielo.

Hoy todos, quien más quien menos, somos «aristotélicos con la mirada y la atención dirigidas a la tierra». A todos, sin embargo, nos serviría un poco de platonismo. Si el tan despreciado «amor

platónico» significa un amor más espiritual, más poético e ideal, entonces, también en el amor, sería útil llegar a ser todos un poco más platónicos, visto que hoy el peligro mayor es el de minimizar el amor, reduciéndolo sólo a la esfera física de los sentidos.

Hay frases en la Escritura, que parecen reiteradas según el módulo platónico de ver las cosas, ilustrado por el mito de la caverna. Aquel personaje del cuadro de Rafael con el dedo dirigido hacia el cielo, podría muy bien ser san Pablo cuando dice:

«Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra» (Colosenses 3,1-2).

Entonces, ¿la fe cristiana ya no sería más que una forma de platonismo puesta al día? ¿Nada de nuevo habría sucedido con la venida de Cristo? No, hay una diferencia substancial; el cielo de los cristianos no es el mismo que el de Platón. Los cristianos ya no razonan más con el esquema espacial abajo/arriba o en lo bajo/en lo alto, sino con el esquema temporal/presente/ futuro. Cuando hablamos del cielo, nosotros no entendemos un espacio, que está por encima de nosotros, sino un acontecimiento, que está delante de nosotros, hacia el que estamos encaminados. Y este evento es el retorno glorioso del Señor, la parusía, los «cielos nuevos y la tierra nueva» (Isaías 66, 22). Después de haber dicho a los apóstoles: «¿ Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?», los dos ángeles les dicen, por el contrario, en qué dirección deben mirar, esto es, hacia el retorno del Señor:

«El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse».

San Pablo dice la misma cosa:

«Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo» (Filipenses 3, 20).

«No tenemos aquí abajo ciudad permanente», dice la Escritura, y, llegados a este punto, nos esperábamos que el texto prosiguiese diciendo: «pero, buscamos la de allá arriba»; por el contrario, está escrito: «sin embargo, buscamos la futura» (Hebreos 13, 14).

Alguno dirá: pero, ¿esto qué diferencia crea? ¡Es una enorme diferencia! A los ojos de Platón este mundo perdía todo valor. El mundo para él era una caverna, esto es, una prisión; jugando con la semejanza de las dos palabras en griego, él decía que el cuerpo (soma) es una tumba (sema). Huir, evadirse del mundo, llega a ser, en este caso, la palabra de mandato. No hay salvación de la carne y del mundo, sino sólo por la carne y para el mundo.

Para los cristianos, no. El cristiano no es un dualista como Platón. El cuerpo no es un simple «vehículo» o «contenedor» para dejarlo acá abajo. Está destinado a participar en la gloria junto con el alma. La resurrección de Cristo y su ascensión al cielo en su verdadero cuerpo están para indicar precisamente esto. Nosotros queremos ser felices «en esta nuestra carne», no sin ella, y así será según nos asegura la fe. El encuentro con el Señor, que viene, o «estar con Cristo» (Filipenses 1,23): he aquí lo que es el «cielo» para nosotros los cristianos.

Más aún: si este mundo es de Dios, creado por él y, asimismo, en espera de la plena redención (cfr. Romanos 8,19), entonces no sólo no podemos desinteresarnos de su suerte, sino que debemos contribuir a su conservación y a su perfección. Lejos de quitarnos el deber de mejorar las condiciones de vida en este mundo, la fe en el retorno de Cristo y en una vida futura llega a ser un estímulo formidable, que no deja tranquilo en su pereza a nadie. El tiempo se nos ha dado para «hacer el bien a todos» decía san Pablo (Gálatas 6,10). ¡Por lo tanto, es otra cosa distinta que para «amontonar en el cielo los tesoros destinados a la tierra»! (cfr. Mateo 6,19-20).

Si el cielo es para nosotros como «el Señor que viene» (cfr. Isaías 40,10; Mateo 21,9), entonces, debemos estar siempre vigilantes, porque él ya viene ahora a nosotros en la Eucaristía; viene en el pobre, en el necesitado, en el que sufre. Antes que nosotros vayamos al cielo, es el cielo el que viene a nosotros.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Lo que corre de nuestra cuenta

Nuestro Señor asciende a los cielos, entre la admiración y la perplejidad de sus discípulos. Y nosotros, que también somos sus discípulos y queremos cada día desempeñar mejor esta misión, para la que el mismo Cristo cuenta con cada uno, nos ponemos hoy en el lugar de aquellos apóstoles..., junto a ellos. Queremos dar a nuestro Dios, con esta vida que llevamos, la misma respuesta generosa, positiva, que ellos le dieron.

Dice san Marcos que la doctrina que enseñaban los apóstoles quedaba confirmada **con los milagros que la acompañaban**. Era, indudablemente, como para sentirse felices y llenos de entusiasmo, comprobar que, en efecto, había valido la pena la entrega generosa que hacía ya tres años hicieron de su vida y las incomprendiones que apenas comenzaban a padecer. San Lucas, por su parte, manifiesta en su evangelio que **mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría**. Nada más lógico que esa alegría, aunque fuera acompañada de otros sentimientos, incluso de cierto temor, razonable, al sentirse por primera vez separados físicamente del Maestro.

Es preciso que los discípulos del Señor, en nuestro siglo, nos tomemos como aquellos primeros el compromiso cristiano. **Predicaron por todas partes**, afirma el evangelista. Es lo primero –y lo único– que nos dice san Marcos tras la ascensión del Señor a los cielos, y con lo que concluye su Evangelio. Nos da así a entender que, en adelante, la vida de quienes fueron leales a Cristo consistiría en eso: anunciar por todas partes lo que de Jesús habían aprendido. Pero no estaban solos: **el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban**. Era la promesa de Jesús. Se marchaba a los cielos, pero a la vez se quedaba con ellos para siempre: presente en la Eucaristía de modo muy singular; y presente, de modo especialísimo, por la acción del Espíritu Santo, que dentro de pocos días iban a recibir, como Jesús les había anunciado. El Paráclito inundaría de luz las inteligencias de cuantos fueran fieles y de fuerza sus corazones.

Con la misma confianza con que le habían seguido hasta entonces, estaban dispuestos ahora a continuar la misión encomendada. Ya no le verían a su lado, pero no les faltaría su fuerza ni su consuelo ningún día, según recoge san Mateo finalizando su evangelio:

—Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Si se refiere el Señor a una presencia suya para siempre, hasta el fin del mundo, quiere decir, por consiguiente, que entonces pensaba ya en nosotros. Ese poder en favor de sus discípulos sigue siendo actual y eficaz hoy para que, en medio de las dificultades de nuestro tiempo, extendamos nosotros su doctrina salvadora, contagiando a muchos más esa alegría de vivir con Dios, que es propia de quienes nos sabemos hijos suyos.

No existe tiempo, ni lugar, ni circunstancias imposibles para la Gracia de Dios. Marcharon **por todas partes**, nos advierte el evangelista; y esa presencia de Jesús sobrenatural, abundante en el cielo y en la tierra en favor nuestro para la tarea que nos pide, es una realidad cada día de nuestra vida y siempre. En verdad no hay ocasión apostólica en la que podamos echar de menos el auxilio divino. Tal vez debamos pedir perdón por nuestra falta de fe, por nuestra debilidad, porque no supimos corresponder a la Gracia que, con la luz del Espíritu Santo, nos hacía notar la ausencia de Dios y nos impulsaba a inculcar el sentido cristiano de la vida en ese ambiente..., en esa persona... Quizás luego, en el silencio sincero de nuestra oración, en un examen de conciencia franco, hemos reconocido humildemente la debilidad nuestra de carácter; que nos pudieron los respetos humanos: el qué dirán o el qué pensarán; que tal vez nos faltó fe en la promesa divina; o que, fiados sólo en las fuerzas humanas y contemplando el estado general de las cosas, nos parecía imposible que algo se pudiera hacer por ese profundo cambio necesario para reconducir a Dios determinada situación.

Pero, ¿nos sentimos positivamente interpelados por quienes no aman a Cristo? ¿Son, esas situaciones o actitudes tan lamentables, y a veces tan próximas, estímulo de nuestra oración, de nuestra mortificación, de nuestra acción, porque deseamos que nuestro Dios sea más amado? ¿Me importa si las personas disfrutan de la amistad divina, o casi sólo me preocupa su salud, su bienestar material, sus relaciones humanas, que son necesidades importantes pero meramente terrenas y transitorias?

La fiesta de hoy nos anima a mirar al Cielo. Jesús asciende a la derecha del Padre, pero nos deja como herencia, para compartir con Él todos los días, la fascinante tarea de la santificación del mundo: su misma tarea. Pidamos a Santa María, Reina de los Apóstoles, entusiasmo sobrenatural y humano para acometer la empresa: nuestro Padre Dios confía hoy como ayer en sus apóstoles.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

Con nosotros hasta el fin del mundo

Hoy celebramos el misterio conclusivo de la vida de Jesús: su Ascensión al cielo. Como hacemos a menudo, nos preguntamos dos cosas: primera, cuál es el contenido histórico de tal misterio, es decir, qué conmemora; segunda, cuál es su contenido espiritual, es decir, qué significa ese misterio para la Iglesia y para nosotros.

El hecho “histórico” aparece evocado con abundancia de detalles en la primera lectura de los Hechos, en forma indirecta y alusiva por Pablo en la segunda lectura (*Lo hizo sentar a su derecha en los cielos*), y en forma sintética y clara por Marcos en el pasaje evangélico: *Después de decirles esto, el señor Jesús, fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.*

Hasta hace algún tiempo, esta descripción implicaba ciertamente un acto de fe, pero era comprensible y dejaba a todos tranquilos; el cielo todavía era considerado, como en la época de Jesús, ese espacio misterioso y vacío que está sobre la tierra y en el cual habita Dios. Sin embargo, hoy se hace cada vez más difícil seguir pensando en este esquema del mundo en tres planos: cielo, tierra, espacio subterráneo. Desde que el hombre, con sus máquinas, violó los espacios de este cielo, nos convencemos cada vez más de que no existe un cielo como aquel que imaginamos durante tantos siglos.

¿Qué significa entonces decir que Cristo subió al cielo? La respuesta –incluso si no hemos reparado en ello– está en el mismo Evangelio: *Fue llevado al cielo*, es decir, se sentó a la derecha de

Dios. Jesús no entra en un “lugar” sino en una “dimensión” nueva donde ya no tienen sentido nuestras expresiones “sobre”, “abajo”, “adelante”, “atrás”. Ir al cielo significa ir a Dios; estar en el cielo significa estar cerca de Dios. El cielo no existe sino que se forma en el mismo momento en que la primera criatura llega definitivamente a Dios; el cielo se forma entonces con la resurrección y la exaltación de Cristo (W. Kasper). Jesús no subió a un cielo ya existente, fue a formar el cielo: *En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así se lo habría dicho a ustedes. Yo voy a prepararles un lugar. Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes* (Jn. 14, 2-3). Por lo tanto, el cielo es el cuerpo de Cristo vuelto a surgir, con el cual se confundirán y se harán una sola materia, para hacer un solo Espíritu con él, todos los salvados (cfr. 1 Cor 6, 17; 15, 49 ssq.). El cielo es ese “templo” misterioso del que se habla en el Apocalipsis, que es el Cordero mismo, muerto y de pie (Apoc. 5, 6), el templo destruido y vuelto a construir (cfr. Jn. 2, 19).

Y ahora, una vez aclarado este punto (el significado de ir al cielo), que podía velar nuestra fe, esforcémonos por penetrar en el significado que tiene para nosotros el misterio que celebramos.

¿Qué nos atestigua la fiesta de la Ascensión? Nos atestigua que Jesús fue al Padre. Desde hace algunos domingos, estamos escuchando las palabras de Cristo: *Yo voy al Padre; si yo no voy...; he aquí que ahora yo vengo a ti, oh Padre*. Ir al Padre no significa tanto dejar esta tierra sino ser glorificado, ir a recibir el trono en la nueva condición adquirida con la Encarnación y la Pascua. Cristo, incluso como hombre, con su cuerpo, resulta glorificado por el Padre con aquella gloria que él, en calidad de Hijo de Dios, tenía antes que existiera el mundo (cf. Jn. 17, 5). Con él, un fragmento de nuestro universo ha llegado definitivamente a Dios y ha sido recibido por él. Sin embargo, se trata de una “primicia” que exige un séquito, o mejor aún, una Cabeza que pide su cuerpo, que es la Iglesia. Por eso, con él todos nosotros nos hemos elevado en esperanza y en promesa; nos hemos convertido en candidatos a estar un día con nuestro Jefe y Maestro cerca de Dios: “Hoy recordamos y celebramos el día en el cual nuestra pobre naturaleza fue elevada en Cristo hasta el trono de Dios Padre” (san León Magno). Por lo tanto, la Ascensión atestigua que Jesús fue al Padre y que también nosotros iremos al Padre.

La Ascensión atestigua también que él está con nosotros. Él fue al Padre y él volverá (del mismo modo que ha subido, dice el ángel a los apóstoles), pero *todavía* y *ya* está con nosotros (“todavía”, con respecto a la primera venida de la Encarnación, “ya”, con respecto a la segunda venida, porque la escatología ya se ha iniciado con la resurrección). Quédate con nosotros, le rogaron los dos discípulos de Emaús, y él se ha quedado de verdad: *Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo* (Mt 28, 20).

En el 35, había muerto desde hacía cinco años, y sin embargo podía decirle a Saulo: *¿Por qué me persigues?*, signo de que todavía estaba de alguna manera entre los hombres. “Él no abandonó el cielo al bajar hasta nosotros, ni tampoco se alejó de nosotros cuando de nuevo subió al cielo” (san Agustín).

Por cierto, no es la presencia de antes; Cristo murió en la carne, pero vive en el Espíritu (cfr. 1 Pe 3, 18): la suya no es entonces una presencia según la carne sino según el Espíritu. Desde luego, esta nueva presencia es preferible a la primera, tanto es así que Jesús puede decir: *Sin embargo, les digo la verdad: les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes* (cfr. Jn. 16, 7). En esta nueva condición, puede hacerse presente a cada hombre, en todos los puntos de la tierra y de la historia, no solamente a sus contemporáneos judíos; es contemporáneo de todo hombre y de toda generación; ¡es nuestro contemporáneo!

La fiesta de la Ascensión nos brinda la oportunidad de volver a iluminar cada año con nueva luz la más grande certeza de nuestra vida: ¡Jesús vive y está con nosotros! Y nuestra esperanza más grande: ¡Iremos a estar con él cerca del Padre! *El que tiene esta esperanza en él* –escribe el apóstol san Juan– *se purifica, así como él es puro* (1 Jn. 3, 3). No sólo se purifica a sí mismo; el que tiene esta esperanza no permanece con la vista en el cielo, como hicieron aquel día los apóstoles, vuelca más bien esta experiencia en empeño y testimonio: *Entonces ellos partieron* –se lee en la conclusión del Evangelio de hoy– *y predicaron por todas partes*. Vayamos también nosotros con humildad, sabiendo en qué vasos llevamos esta esperanza, Y marchemos con coraje.

La Eucaristía nos consagra cada domingo a esta misión: Cristo se fue al cielo, nosotros volvamos a la ciudad, a la espera “de ser revestidos con potencia desde lo alto”.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el estadio Funchal, Madeira (12-V-1991)

– Ascensión

“Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre” (Jn 16,28).

Son las palabras que pronunció Cristo la víspera de su pasión y muerte en la cruz cuando, en el Cenáculo, se despedía de los Apóstoles (Hch 1,3). A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. El Salmo nos invita a proclamar: “Sube Dios entre aclamaciones” (Sal 47,6).

Los autores sagrados describen la vuelta de Cristo al Padre. “El Señor –dice San Marcos– (...) fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios” (Mc 16,19). En los Hechos de los Apóstoles, el Evangelista San Lucas escribe: “Fue levantado en presencia de ellos (de los discípulos), y una nube lo ocultó a sus ojos” (Hch 1,9). En el AT la nube era señal de la presencia de Dios (cf. EX 13,21-22; 40,34-35), por lo que Jesucristo, saliendo del mundo visible, es envuelto por esta presencia divina. Termina su presencia visible en la tierra, el Hijo unigénito hecho hombre vive en el seno trinitario con el Padre y el Espíritu Santo.

San Pablo, por su parte, en la Carta a los Efesios, comenta de este modo el misterio de la Ascensión: “¿Qué quiere decir «subió» sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra? Éste que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo” (Ef 4,9-10). Así se cumplieron las palabras del Señor: “Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre”.

En la Ascensión, Jesucristo “sube” a fin de completar todas las cosas: el mundo entero, todas las criaturas, y la historia del hombre.

– “Id por todo el mundo”: el Espíritu Santo

En esta perspectiva se explica el último mandato que Jesús dio a sus Apóstoles antes de ir al Padre: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16,15). Así escribe el evangelista San Marcos, mientras que en los Hechos de los Apóstoles, San Lucas refiere: “Seréis mis testigos –dice el Señor– en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la

tierra” (Hch 1,8). Predicar el Evangelio quiere decir dar testimonio de Cristo: de aquél que “pasó haciendo el bien” (cf. Hch 10,38), de aquél que fue crucificado por los pecados del mundo, de aquél que resucitó y vive para siempre.

La predicación del Evangelio, esto es, dar testimonio de Cristo es deber de todas las personas bautizadas en el Espíritu Santo. Antes de volver al Padre, el Señor Jesús subraya exactamente este hecho, al ordenar a los Apóstoles que esperaban el cumplimiento de la promesa del Padre: “Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días... Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1,5.8).

La Iglesia sólo con la fuerza del Espíritu Santo puede dar testimonio de Cristo. Sólo con su fuerza puede predicar el Evangelio a toda criatura.

La Ascensión del Señor está ligada íntimamente a Pentecostés, y la Iglesia dedica los días intermedios entre ambas a la novena al Espíritu Santo, cuyo inicio tuvo lugar en el Cenáculo de Jerusalén.

Jesucristo subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Esta plenitud del mundo creado se realiza en virtud del Espíritu Santo. Esta obra tiene lugar en la historia terrena de los hombres: el Espíritu Santo plasma de manera invisible pero real, lo que el Apóstol San Pablo llama el Cuerpo de Cristo, refiriéndose a él con los siguientes términos: “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef 4,4-6).

De este modo la Ascensión del Señor no es solamente una despedida; más bien es el inicio de una nueva presencia y de una nueva acción salvífica: “Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo” (Jn 5,17). Este obrar con la fuerza del Espíritu Santo, del Espíritu Paráclito que descendió en Pentecostés, da la fuerza divina a la vida terrena de la humanidad en la Iglesia visible. Con la fuerza del Espíritu Santo, Cristo glorificado a la derecha del Padre, el Señor de la Iglesia, concede “a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo” (Ef 4,12). Estos son los criterios esenciales de la constante vitalidad de la Iglesia.

– Espera activa

La Pascua es una nueva creación del mundo y del hombre. Todo lo celebramos en la Eucaristía dominical: lo nuevo, lo creativo, y lo que hace descansar, “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo” (Ordinario de la misa).

“Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Éste que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como lo habéis visto subir al cielo” (Hch 1,11). Con estas palabras termina el relato de la Ascensión del Señor. Antes, Cristo mismo había dicho: “No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros” (Jn 14,18), afirmación que alguno podría considerar referida sólo a las apariciones en aquellos cuarenta días, después de la resurrección. ¡Pero no! De hecho, cuando ya subía definitivamente al Padre, dijo: “Y he aquí que estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 18,20).

Este “yo estoy” tiene la fuerza del nombre de Dios. “Yo estoy” como hijo en el Padre (o, a la diestra del Padre), y “estoy con vosotros” (quiere decir con la Iglesia y con el mundo), en el poder del Espíritu Santo. Gracias a este poder, nuestra permanencia en la fe cristiana tiene carácter de espera de su venida: la segunda definitiva venida de Cristo Salvador.

Pero esta espera no es pasiva: constituye la edificación del Cuerpo de Cristo. La humanidad debe dar este “Cuerpo” definitivo y escatológico a aquél que asumió el cuerpo, haciéndose hombre en el seno de la Virgen María. ¡No permanezcamos, pues, pasivamente a su espera! En todos lados, en el trabajo o durante el tiempo libre, en tu tierra o viajando por otros lugares, cuando acoges a otros o aceptas su hospitalidad, ¡eres heraldo itinerante de Cristo! Debemos llegar “todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios”. Debemos llegar al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo (Ef 4,13).

La Ascensión del Señor es, a la luz de la liturgia de hoy, la solemnidad de la maduración del Espíritu Santo para “la plenitud de Cristo”. Jesús nos conduce al Padre eterno de nuestras almas (cf. 1 P 2,25).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El cuerpo de Cristo, glorificado desde el instante de la Resurrección, asciende ahora al cielo y se sienta a la diestra de Dios. “Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre” (Jn 3,13). “Dejada a sus fuerzas naturales, la humanidad no tiene acceso a la Casa del Padre (Jn 14,2), a la vida y a la felicidad de Dios. Sólo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre, ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino (MR, Prefacio)” (C.E.C., 661).

Antes de marcharse dijo Jesús: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”. Hay que recoger este encargo del Señor con agradecimiento y con sentido de responsabilidad. Es un orgullo santo poder colaborar con Dios en la propagación de la Buena Nueva por lo que supone de confianza en nosotros, rechazando la tentación del emboscamiento que se justifica tras ese y yo, ¿por qué me voy a meter en la vida de los demás? Hasta qué punto no estaré invadiendo la intimidad de los demás, sus conciencias?

¡No son los demás, son mis familiares y mis buenos amigos! El apostolado no debe hacerse con el estilo del representante de un laboratorio o una editorial, pongamos por caso, que va de casa en casa ofreciendo su producto. Es a través de la amistad y la confianza que ella genera con ocasión de los continuos contactos profesionales y sociales, como influiremos cristianamente en la sociedad de un modo natural, sin rarezas ni impertinentes intromisiones. Sí, pero vivimos en un mundo plural y hay que respetar las creencias de los demás. Ciertamente. Pero una cosa es el respeto a las personas y otra el respeto humano, la vergüenza para abordar ciertos temas. El respeto humano hunde sus raíces en el temor a que la verdad que voy a recordar no va a ser bien acogida, con lo que se ofende a la verdad, y a la buena disposición de los demás. Cuando hay confianza y amor a la libertad y a la verdad, entre amigos, no hay secretos, se habla de todo. En cualquier caso no se trata de imponer nada a nadie, ni de hablar de lo que no se desea. Se trata de hacer partícipe a familiares y amigos de inquietudes y esperanzas que interesan a todos.

Vivir esta preocupación no es fanatismo ni beatería. Fanatismo es obligar por la fuerza a los demás a que adopten nuestros puntos de vista. No es fanatismo, por ejemplo, ser vegetariano y convencer a los demás de las ventajas de las hortalizas sobre las carnes y pescados. Fanatismo sería poner bombas para destruir los mataderos e impedir el transporte de animales para ser sacrificados. Si estamos llamados a amar a los enemigos y a rezar por ellos, nada más opuesto al cristianismo que el fanatismo o cualquier forma de exclusivismo. Fanatismo no; pero irenismo, entreguismo o inhibición tampoco.

“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio...”. Para llevar a cabo este mandato del Señor, no siempre cómodo ni fácil, contamos con su ayuda: “Estad seguros de que Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre”

Lo verdaderamente importante para el autor de Hechos no es cuándo pasó algo o cuánto duró, sino qué pasó y con qué finalidad. Ahora importa la misión, la tarea, el testimonio, la evangelización. Y en ese contexto hay que situar el “reproche” de los ángeles: “¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?”

La presencia de Dios entre su pueblo encontró en la nube un signo y el pueblo veía en ella el de Yavé. San Lucas, en la nube quiere simbolizar por una parte la ocultación de Jesús y por otra la nueva presencia de Cristo en medio de los suyos.

La finalidad del relato de san Marcos es subrayar el anuncio del Resucitado a partir de su triunfo. Su permanente presencia se notará a través de los “signos”. Y apoyarán y “acompañarán” tanto a los que predicán como a los que oyen.

Una de las mayores dificultades con que se encuentra el que ofrece signos o señales de algo, es que su mensaje no sea entendido o simplemente captado. Nuestra sociedad tiene unas claves, unas categorías, que conectan pronto y bien con determinadas noticias, valores, actitudes, etc. Pero está herméticamente cerrada para otras estimaciones.

— “«Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de vivos y muertos» (Rm 14,9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra. Él está «por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación» porque el Padre «bajo sus pies sometió todas las cosas» (Ef 1,20-22). Cristo es el Señor del cosmos y de la historia. En Él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1,10), su cumplimiento transcendente” (668; cf. 669).

— “Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel respecto del Hijo del hombre (Dn 7,14)” (664; cf. 662-663).

— El mandato misionero:

“La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser «sacramento universal de salvación», por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres” (AG 1): “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20) (849-850; cf. 851).

— “El Señor arrastró cautivos cuando subió a los cielos, porque con su poder trocó en incorrupción nuestra corrupción. Repartió sus dones, porque enviando desde arriba al Espíritu Santo, a unos les dio palabras de sabiduría, a otros de ciencia, a otros de gracia de los milagros, a otros la de curar, a otros la de interpretar. En cuanto Nuestro Señor subió a los cielos, su Santa Iglesia desafió al

mundo y, confortada con su Ascensión, predicó abiertamente lo que creía a ocultas” (San Gregorio Magno, hom. 29 in Ev.).

Subió porque había bajado; bajó para que nosotros subamos; se va para que la Iglesia sea signo de su presencia; nosotros somos Iglesia y presencia.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Jesús nos espera en el Cielo

– Culmina en este misterio la exaltación de Cristo glorioso.

I. Una bendición fue el último gesto de Jesús en la tierra, según el Evangelio de San Lucas¹. Los Once han partido desde Galilea al monte que Jesús les había indicado, el monte de los Olivos, cercano a Jerusalén. Los discípulos, al ver de nuevo al Resucitado, *le adoraron*², se postraron ante Él como ante su Maestro y su Dios. Ahora son mucho más profundamente conscientes de lo que ya, mucho tiempo antes, tenían en el corazón y habían confesado: que su Maestro era el Mesías³. Están asombrados y llenos de alegría al ver que su Señor y su Dios ha estado siempre tan cercano. Después de aquellos cuarenta días en su compañía podrán ser testigos de lo que han visto y oído; el Espíritu Santo los confirmará en las enseñanzas de Jesús, y les enseñará la verdad completa

El Maestro les habla con la Majestad propia de Dios: *Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra*⁴. Jesús confirma la fe de los que le adoran, y les enseña que el poder que van a recibir deriva del propio poder divino. La facultad de perdonar los pecados, de renacer a una vida nueva mediante el Bautismo... es el poder del mismo Cristo que se prolonga en la Iglesia. Esta es la misión de la Iglesia: continuar por siempre la obra de Cristo, enseñar a los hombres las verdades acerca de Dios y las exigencias que llevan consigo esas verdades, ayudarles con la gracia de los sacramentos..

Les dice Jesús: *recibiréis el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.*

*Y después de decir esto, mientras ellos miraban, se elevó, y una nube lo ocultó a sus ojos*⁵. Así nos describe San Lucas la Ascensión del Señor en la Primera lectura de la Misa

Poco a poco se fue elevando. Los Apóstoles se quedaron largo rato mirando a Jesús que asciende con toda majestad mientras les da su última bendición, *hasta que una nube lo ocultó*. Era la nube que acompañaba la manifestación de Dios⁶: « era un signo de que Jesús había entrado ya en los cielos »⁷.

La vida de Jesús en la tierra no concluye con su muerte en la Cruz, sino con la Ascensión a los cielos. Es el último misterio de la vida del Señor aquí en la tierra. Es un misterio redentor, que constituye, con la Pasión, la Muerte y la Resurrección, el misterio pascual. Convenía que quienes habían visto morir a Cristo en la Cruz entre insultos, desprecios y burlas, fueran testigos de su exaltación suprema. Se cumplen ahora ante la vista de los suyos aquellas palabras que un día les

¹ Lc 24, 51.

² Cfr. Mt 28, 17.

³ Cfr. Mt 16, 18.

⁴ Mt 28, 18.

⁵ Primera lectura. Hch 1, 7 ss.

⁶ Cfr. Ex 13, 22; Lc 9, 34 ss.

⁷ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilias sobre los Hechos*, 2.

dijera: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*⁸. Y aquellas otras: *Ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo y voy a Ti, Padre Santo*⁹.

La Ascensión del Señor a los Cielos la contemplamos en el segundo misterio glorioso del Santo Rosario. *Se fue Jesús con el Padre. – Dos Ángeles de blancas vestiduras se aproximan a nosotros y nos dicen: Varones de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? (Hch 1, 11)*

*Pedro y los demás vuelven a Jerusalén --cum gaudio magno– con gran alegría. (Lc 24, 52). – Es justo que la Santa Humanidad de Cristo reciba el homenaje, la aclamación y adoración de todas las jerarquías de los Ángeles y de todas las legiones de los bienaventurados de la Gloria*¹⁰.

— **La Ascensión fortalece y alienta nuestro deseo de alcanzar el Cielo. Fomentar esta esperanza.**

II. « Hoy no sólo hemos sido constituidos poseedores del paraíso – enseña San León Magno en esta solemnidad –, sino que con Cristo hemos ascendido, mística pero realmente, a lo más alto de los Cielos, y conseguido por Cristo una gracia más inefable que la que habíamos perdido »¹¹.

La Ascensión fortalece y alienta nuestra esperanza de alcanzar el Cielo y nos impulsa constantemente a levantar el corazón, como nos invita a hacer el *prefacio de la Misa*, con el fin de buscar las cosas de arriba. Ahora nuestra esperanza es muy grande, pues el mismo Cristo ha ido a prepararnos una morada¹².

El Señor se encuentra en el Cielo con su Cuerpo glorificado, con la señal de su Sacrificio redentor¹³, con las huellas de la Pasión que pudo contemplar Tomás, que claman por la salvación de todos nosotros. La Humanidad Santísima del Señor tiene ya en el Cielo su lugar natural, pero Él, que dio su vida por cada uno, nos espera allí. **Cristo nos espera. Vivimos ya como ciudadanos del cielo (Flp 3, 20), siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprendiones, pero también en medio de la alegría y de la serenidad que da el saberse hijo amado de Dios (...)**

*Si, a pesar de todo, la subida de Jesús a los cielos nos deja en el alma un amargo regusto de tristeza, acudamos a su Madre, como hicieron los apóstoles: entonces tornaron a Jerusalén... y oraban unánimemente... con María, la Madre de Jesús (Hch 1, 12-14)*¹⁴.

La esperanza del Cielo llenará de alegría nuestro diario caminar. Imitaremos a los Apóstoles, que « se aprovecharon tanto de la Ascensión del Señor que todo cuanto antes les causaba miedo, después se convirtió en gozo. Desde aquel momento elevaron toda la contemplación de su alma a la divinidad sentada a la diestra del Padre; la misma visión de su cuerpo no era obstáculo para que la inteligencia, iluminada por la fe, creyera que Cristo, ni descendiendo se había apartado del Padre, ni con su Ascensión se había separado de sus discípulos »¹⁵.

— **La Ascensión y la misión apostólica del cristiano.**

⁸ Jn 20, 17.

⁹ Jn 17, 11.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Santo Rosario*, Rialp, 24ª ed., Madrid 1979, Segundo misterio glorioso.

¹¹ SAN LEON MAGNO, *Homilía I sobre la Ascensión*.

¹² Cfr. Jn 14, 2.

¹³ Cfr. Ap 5, 6.

¹⁴ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 126.

¹⁵ SAN LEON MAGNO, *Sermón 74, 3*.

III. *Cuando estaban mirando atentamente al cielo mientras Él se iba, se presentaron junto a ellos dos hombres con vestiduras blancas que dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, vendrá de igual manera que le habéis visto subir*¹⁶. **También como los Apóstoles, permanecemos entre admirados y tristes al ver que nos deja. No es fácil, en realidad, acostumbrarse a la ausencia física de Jesús. Me conmueve recordar que, en un alarde de amor, se ha ido y se ha quedado; se ha ido al Cielo y se nos entrega como alimento en la Hostia Santa. Echamos de menos, sin embargo, su palabra humana, su forma de actuar, de mirar, de sonreír, de hacer el bien. Querriamos volver a mirarle de cerca, cuando se sienta al lado del pozo cansado por el duro camino (Cfr. Jn 4, 6), cuando llora por Lázaro (Cfr. Jn 11, 35), cuando ora largamente (Cfr. Lc 6, 12), cuando se compadece de la muchedumbre (Cfr. Mt 15, 32; Mc 8, 2)**

*Siempre me ha parecido lógico y me ha llenado de alegría que la Santísima Humanidad de Jesucristo suba a la gloria del Padre, pero pienso también que esta tristeza, peculiar del día de la Ascensión, es una muestra del amor que sentimos por Jesús, Señor Nuestro. Él, siendo perfecto Dios, se hizo hombre, perfecto hombre, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Y se separa de nosotros, para ir al cielo. ¿Cómo no echarlo en falta?*¹⁷.

Los ángeles dicen a los Apóstoles que es hora de comenzar la inmensa tarea que les espera, que no se debe perder un instante. Con la Ascensión termina la misión terrena de Cristo y comienza la de sus discípulos, la nuestra. Y hoy, en nuestra oración, es bueno que oigamos aquellas palabras con las que el Señor intercede ante Dios Padre por nosotros mismos: *no pido que los saques del mundo*, de nuestro ambiente, del propio trabajo, de la propia familia..., *sino que los preserves del mal*¹⁸. Porque quiere el Señor que cada uno en su lugar continúe la tarea de santificar el mundo, para mejorarlo y ponerlo a sus pies: las almas, las instituciones, las familias, la vida pública... Porque sólo así el mundo será un lugar donde se valore y respete la dignidad humana, donde se pueda convivir en paz, con la verdadera paz, que tan ligada está a la unión con Dios

*Nos recuerda la fiesta de hoy que el celo por las almas es un mandato del Señor, que, al subir a su gloria, nos envía como testigos suyos por el orbe entero. Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima*¹⁹.

Quienes conviven o se relacionan con nosotros nos han de ver leales, sinceros, alegres, trabajadores; nos hemos de comportar como personas que cumplen con rectitud sus deberes y saben actuar como hijos de Dios en las incidencias que acarrea cada día. Las mismas normas corrientes de la convivencia –que para muchos quedan en algo externo, necesario para el trato social – han de ser fruto de la caridad, manifestaciones de una actitud interior de interés por los demás: el saludo, la cordialidad, el espíritu de servicio..

Jesús se va, pero se queda muy cerca de cada uno. De un modo particular lo encontramos en el Sagrario más próximo, quizá a menos de un centenar de metros de donde vivimos o trabajamos. No dejemos de ir muchas veces, aunque sólo podamos con el corazón en la mayoría de las ocasiones, a decirle que nos ayude en la tarea apostólica, que cuente con nosotros para extender por todos los ambientes su doctrina

¹⁶ Hch 1, 11.

¹⁷ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 117.

¹⁸ Jn 17, 15.

¹⁹ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 122.

Los Apóstoles marcharon a Jerusalén en compañía de Santa María. Junto a Ella esperan la llegada del Espíritu Santo. Dispongámonos nosotros también en estos días a preparar la próxima fiesta de Pentecostés muy cerca de nuestra Señora.

**Rev. Fray Lluc TORCAL Monje del Monasterio de Sta. Ma. de Poblet (Tarragona, España)
(www.evangelinet.net)**

«El Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios»

Hoy en esta solemnidad, se nos ofrece una palabra de salvación como nunca la hayamos podido imaginar. El Señor Jesús no solamente ha resucitado, venciendo a la muerte y al pecado, sino que, además, ¡ha sido llevado a la gloria de Dios! Por esto, el camino de retorno al Padre, aquel camino que habíamos perdido y que se nos abría en el misterio de Navidad, ha quedado irrevocablemente ofrecido en el día de hoy, después que Cristo se haya dado totalmente al Padre en la Cruz.

¿Ofrecido? Ofrecido, sí. Porque el Señor Jesucristo, antes de ser llevado al cielo, ha enviado a sus discípulos amados, los Apóstoles, a invitar a todos los hombres a creer en Él, para poder llegar allá donde Él está. «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará» (Mc 16,15-16).

Esta salvación que se nos da consiste, finalmente, en vivir la vida misma de Dios, como nos dice el Evangelio según san Juan: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3).

Pero aquello que se da por amor ha de ser aceptado en el amor para poder ser recibido como don. Jesucristo, pues, a quien no hemos visto, quiere que le ofrezcamos nuestro amor a través de nuestra fe, que recibimos escuchando la palabra de sus ministros, a quienes sí podemos ver y sentir. «Nosotros creemos en aquel que no hemos visto. Lo han anunciado aquellos que le han visto. (...) Quien ha prometido es fiel y no engaña: no faltes en tu confianza, sino espera en su promesa. (...) ¡Conserva la fe!» (San Agustín). Si la fe es una oferta de amor a Jesucristo, conservarla y hacerla crecer hace que aumente en nosotros la caridad.

¡Ofrezcamos, pues, al Señor nuestra fe!
